

nian lugar en la Alhóndiga, sino en la mayor parte de la ciudad y en las casas de los españoles.

El pueblo de Guanajuato, unido á la indiada de Hidalgo, atacaba las tiendas y casas de los europeos, y guiada ésta por aquellos que conocian perfectamente las casas y los establecimientos de los españoles con quienes tenian agravios ú ofensas que vengar, la mayor parte de éstas fueron robadas, arrojando á la calle y despedazando, lo que no podian llevarse con comodidad. Espantoso era el espectáculo que presentaba en esos momentos aquella capital, contribuyendo á hacer mas fatídico y siniestro este cuadro, las densas sombras de la noche. Vefanse á hombres, mujeres y niños correr con teas en las manos, de unos á otros puntos; unos atacando las casas, otros huyendo para salvarse; los gritos, las amenazas, las súplicas, las imprecaciones, los lamentos, los vivos y los mueras, produjeron una confusion y desórden indescribibles.

La luz del nuevo dia, 29 de Setiembre, sorprendió á vencidos y vencedores; la noche habia sido horrible; la mayor parte de las familias se hallaban dispersas, é ignoraban si muchos de los que á ellas pertenecian y faltaban, habian perecido; pero en medio de tan horrible caos, y al rayar la aurora de este dia, escucháronse alegres dianas y entusiasmas vivas: observóse tambien en el cuartel del Príncipe un movimiento inusitado á tales horas; aquellas dianas, aquellos vivos y movimiento eran de las fuerzas independientes, que vitoreaban y saludaban á su caudillo; era el 29 de Setiembre, era el dia del santo de su general.

Desde muy temprano, muchos particulares comenzaron á concurrir al cuartel del Príncipe, con el objeto de felicitar á Hidalgo, que ocupado toda la noche y la mañana en dictar toda clase de disposiciones para contener los desór-

CAPITULO XI.

SUMARIO.

Providencias de Hidalgo.--Saqueo.--Dianas.--El cuartel del Príncipe.--Felicitaciones.
Bando.--Alaman.--Humanidad de Hidalgo.--Comunicacion al ayuntamiento, nom-
bra autoridad militar á Perez Marañon, pero no acepta.--Convoca al ayuntamien-
to.--El cura Labarrieta. Energía de Hidalgo.--Arreglo de sus fuerzas.--Fábrica
de fundicion.--Casa de moneda.--Magnanimidad de Hidalgo.--Sale Hidalgo para
Valenciana.

Hemos dejado á Hidalgo en el capítulo anterior dictando las mas severas órdenes en el castillo de Granaditas ó Alhóndiga, para suspender y contener los excesos de un ejército triunfante, despues del terrible combate que habia sostenido por espacio de seis horas. Una vez hechos prisioneros los realistas que quedaron y conducidos á la cárcel, recojidos los heridos y muertos, dispuso Hidalgo que las fuerzas que tenia organizadas, se acuartelasen en el cuartel del Príncipe; pero estas tristes escenas no solo te-

denes, casi no podía atender á los que iban á cumplimentarlo. Las órdenes que daba eran verbales ó manuscritas, que no podían circular ni ser conocidas por todos los habitantes como en un bando, porque en aquellos momentos era imposible conseguir quien lo imprimiese; así es que todavía en este día (sábado) siguió el desórden.

Al siguiente día, 30, ya se fijó un impreso en todos los parajes de la ciudad. En él se imponían las penas mas severas á todos los que siguiesen cometiendo desórdenes, previniendo que se entregasen en aquel cuartel todos los efectos y objetos pertenecientes á las casas robadas, y otra multitud de disposiciones referentes á restablecer el orden y seguridad de la poblacion. No me ha sido posible ver este bando, que por ser el primero publicado por Hidalgo, es de un verdadero interés histórico; pero lo insertaré en el momento que logre conseguirlo.

Una de las personas que en aquel momento recibió de Hidalgo no solamente toda clase de distinciones, sino que le dió cuantas garantías y seguridad pudo para su familia é intereses, aún la de salir el mismo Hidalgo con el objeto de defender su casa, fué la de Alaman; pero dejaré á dicho señor el relato de este suceso, que copio de su *Historia*, tomo I, página 438. Dice así:

«Una de las (casas) que se hallaban amenazadas de este riesgo era la de mi familia, en cuyos bajos estaba la tienda de un español muerto en la noria de Dolores, llamado D. José Posadas; que aunque habia sido ya saqueada, un cargador, de la confianza de Posadas, dió aviso de que en un patio interior habia una bodega con efectos y dinero que él mismo habia metido. Muy difícil fué contener á la plebe, que por el entresuelo habia penetrado hasta el descanso de la escalera, corriendo yo mismo no poco

peligro, por haberme creído europeo. En este conflicto, mi madre resolvió ir á ver al cura Hidalgo, con quien tenia antiguas relaciones de amistad, y yo la acompañé. Grande era, para una persona decentemente vestida, el riesgo de atravesar las calles por entre una muchedumbre ébria de furor y licores; llegamos, sin embargo, sin accidente, hasta el cuartel del Príncipe, en el que, como ántes se dijo, estaba alojado Hidalgo. Encontramos á éste en una pieza llena de gente de todas clases; habia en un rincón una porcion considerable de barras de plata, recojidas de la Alhóndiga y manchadas todavía con sangre; en otro, una cantidad de lanzas, y arrimado á la pared, y suspendido de una de éstas, el cuadro con la imágen de Guadalupe, que servia de enseña á la empresa. El cura estaba sentado en un catre de camino, con una mesa pequeña delante, con un traje ordinario, y sobre la chaqueta un tahallí morado, que parecia ser algun pedazo de estola de aquel color. Recibíonos con agrado, aseguró á mi madre de su antigua amistad, é impuesto de lo que se temia en la casa, nos dió una escolta, mandada por un arriero vecino del rancho del Camalote, inmediato á Salvatierra, llamado Ignacio Centeno, á quien habia hecho capitán, y al cual dió orden de defender mi casa y custodiar los efectos de Posadas, haciéndolos llevar cuando se pudiese al alojamiento de Hidalgo, pues los destinaba para gastos de su ejército. Centeno, teniendo por imposible contener el tumulto, que iba en aumento, pues se reunia á cada instante mas y mas gente empeñada en entrar á saquear, dió aviso con uno de sus soldados á Hidalgo, el cual creyó necesaria su presencia para contener el desórden que no habia bastado á refrenar el bando publicado, y se dirigió á la plaza á caballo, donde su casa estaba, acompañado de los

demás generales. Llevaba al frente el cuadro de la imagen de Guadalupe, con un indio á pié que tocaba un tambor: seguían porción de hombres del campo á caballo, con algunos dragones de la Reina en dos líneas, y precedía esta especie de procesion el cura con los generales, vestidos estos con chaquetas, como usaban en las poblaciones pequeñas los oficiales de los cuerpos de milicias, y en lugar de las divisas de los empleos que tenían en el regimiento de la Reina, se habían puesto en las presillas de las charreteras unos cordones de plata con borlas, como sin duda había visto en algunas estampas que usan los edecanes de los generales franceses; todos llevaban en el sombrero la estampa de la vírgen de Guadalupe. Llegada la comitiva al paraje donde estaba el mayor peloton de plebe, delante de la tienda de Posadas, se le dió orden al pueblo para que se retirase, y no obedeciéndola, Allende quiso apartarla de las puertas de la tienda, metiéndose entre la muchedumbre: el enlozado de la acera forma allí un declive bastante pendiente y cubierto entónces con todo género de suciedades estaba muy resbaladizo. Allende cayó con el caballo, y haciendo que éste se levántase, lleno de ira sacó la espada y empezó á dar con ella sobre la plebe, que huyó despavorida, habiendo quedado un hombre gravemente herido. Siguió Hidalgo recorriendo la plaza, y mandó hacer fuego sobre los que estaban arrancando los balcones de las casas, con lo que la multitud se fué disipando, quedando por algun tiempo grandes grupos en los que se vendían á vil precio los efectos sacados en el botín. »

Hidalgo, ántes de atender á regularizar la administracion, dedicó toda su atencion á proporcionar á los prisioneros, y principalmente á los heridos toda clase de recur-

sos, informándose él personalmente de todo lo que pudiesen necesitar, y disponiendo que de todo se les proveyese en abundancia no obstante de que unas señoras verdaderamente notables por su caridad, y que son acreedoras á que su nombre se conserve en la historia, D^a Josefa y D^a Francisca Irizar, se habían dedicado exclusivamente á proporcionar á los que sufrían, toda clase de auxilios.

Una vez arreglado por Hidalgo este punto, que habla muy alto en favor de su conducta, dedicóse á uniformar la administracion. Siguiendo estrictamente su sistema como profundo conocedor de la respetable autoridad de los municipios, dirigió una comunicacion á esta corporacion, en que le pedia nombrase alcaldes, porque los que existían habían desaparecido: ésta nombró á los Sres. D. José Miguel Llorente y D. José María Chico para alcaldes. Como tampoco había autoridad político-militar, á consecuencia de la muerte del intendente, nombró Hidalgo para este empleo al Lic. D. Fernando Perez Marañon, que siendo persona muy apreciada por todos aquellos habitantes, no obstante que era acérrimo partidario de los españoles, no vaciló el caudillo en dirigirle el nombramiento; pero Marañon, con razones más ó ménos especiosas, se excusó, renunciando el empleo. Habiendo mandado reunir el Ayuntamiento, se presentó Hidalgo acompañado de sus generales á este cuerpo y manifestóles que había sido nombrado capitán general por todo su ejército en los campos de Celaya. Accediendo á las súplicas de varias personas, dispuso Hidalgo poner en libertad, pero vigilados, á todos los prisioneros, lo que luego se efectuó; todos los mexicanos quedaron libres, á escepcion del sargento Garrido, á quien decía Hidalgo le reservaba un severo castigo; pero al fin nada le hizo.

A los dos ó tres días cambió de alojamiento pasando á la casa de D. Bernardo Chico. Convocó allí una nueva reunion del ayuntamiento, autoridades y vecinos principales, con el objeto de arreglar la administracion y gobierno de la provincia y el de establecer una casa de moneda. Habiendo concurrido todos los citados, les manifestó el objeto de su empresa y lo que esperaba de sus habitantes en ayuda de causa tan justa. Volvió á insistir en que Marañon se hiciese cargo de la intendencia, pero éste no accedió; trató de nombrar algunos regidores para otros empleos, pero éstos se rehusaron, lo que disgustó á Hidalgo, y fué causa para que les dirigiese la palabra, diciéndoles: que aquella negativa no podia tener otro motivo más que el de no confiar en el buen éxito de la empresa que él patrocinaba, ó el de una indiferencia ó mas bien desprecio de ella á que se veria obligado á castigar severamente.

El cura Labarrieta y algunas otras personas le manifestaron que no podian conciliar las ideas y planes que sobre *independencia* les habia hecho conocer, con el juramento de fidelidad que habian prestado á la Metrópoli, y que ésta era realmente la gran dificultad con que tropezaban para obsequiar sus deseos. Mucho disgustó esta contestacion á Hidalgo, y á lo que replicó de una manera enérgica y violenta, diciéndoles que no estaban obligados á guardar aquel juramento, que Fernando VII era un ente que ya no existia, y que ni aun por conversacion se volviesen á verter aquellas ideas que podrian ser muy perjudiciales. Acto continuo, nombró para intendente de aquella provincia á D. José Francisco Gómez, que entónces era administrador de tabacos, y mas antes pertenecia, como ayudante mayor, al cuerpo provincial de Valladolid.

Aunque constantemente ocupado en regularizar el go-

bierno, no por esto desatendia á sus fuerzas; dispuso que los tres escuadrones pertenecientes al regimiento del Príncipe, y que no pudieron llegar oportunamente al llamado del intendente para defender la plaza, se uniesen á sus fuerzas. Levantó dos cuerpos de tropas; uno formado en Valenciana, cuyo mando dió á D. Casimiro Chovell, nombrándolo su coronel; el otro lo formó en la ciudad, dándole por su coronel á D. Bernardo Chico, hijo de un europeo. Al Lic. D. Carlos Montes de Oca lo hizo brigadier, nombrándolo asesor, y á uno de los hijos de D. Bernardo, el Lic. D. José María, lo nombró secretario.

No teniendo el armamento necesario para sus fuerzas, dispuso que se aprovecharen los botes que servian para el azogue, convirtiéndolos en fusiles y sujetándolos á una especie de mango ó culata de madera, medida que no fué de mucha utilidad.

Así mismo arregló y puso en corriente una fábrica para fundir cañones, la que luego comenzó á dar sus resultados, fundiendo cañones de varios calibres, aunque imperfectos; entre éstos hubo uno que fué notable por su tamaño, y se le dió el nombre de «Defensor de América»; todas estas operaciones él mismo las dirijia. Nombró para director de la fundicion á D. Rafael Davalos, alumno del Colegio de Minería, y que se encontraba allí porque estaba haciendo su práctica en la mina de Valenciana, habiendo hecho mas nombramientos en otros alumnos que hacian su práctica. Uno de éstos fué D. Mariano Jimenez, á quien hizo coronel, y que acompañó á Hidalgo en todas sus expediciones.

Infatigable para todo aquello que fuese útil á su patria y al buen resultado de su causa, dispuso la construccion de una casa de moneda, medida altamente política y suma-

mente benéfica para todas las provincias internas, porque habiendo acuñacion, se pondrian en circulacion los grandes valores que habia en plata pasta, y los mas que siguiésen produciendo las minas. Después de haber meditado con detenimiento el modo y términos, de proceder á la construccion de la casa de moneda, designó el local para establecerla, en la hacienda de beneficio de San Pedro, de la propiedad de D. Joaquin Pelaez.

Entre las personas que habia puesto en libertad, habia unas inteligentes en el arte de la amonedacion, á las que se unió un jóven muy hábil en cosas de herrería y que fué encargado de abrir los troqueles en acero. A éstos encargó Hidalgo la direccion del establecimiento, habiendo sido tan acertado su nombramiento, que ántes de dos meses la casa se hallaba en servicio. Pero si fué sorprendente la actividad empleada en aquella construccion, aún mas admiró la perfeccion de las piezas y monedas que se acuñaban, al grado de calificarse por los inteligentes de superiores á las que se amonedaban en la capital de la Nueva-España. Alaman sobre esto dice lo siguiente en el tomo I, página 449: "Mucho honor hace á los artesanos de Guanajuato la prontitud y habilidad con que montaron este establecimiento, que en poco mas de dos meses estaba á punto de comenzar á trabajar, siendo las máquinas que se construyeron segun las estampas de un diccionario de artes, mas perfectas y mejor ejecutadas que las de las casas de moneda de México."

No obstante la multitud de gravísimas ocupaciones que incesantemente rodeaban á todas horas del dia á Hidalgo, nada olvidaba, á todo atendia; así, vemos que á la señora esposa de Riaño le entregó todo lo que se salvó en la Alhóndiga y que era del intendente, y á mas le mandó para

que atendiese á sus necesidades y á las de su hijo D. Gil, que se hallaba gravemente herido, recursos suficientes para que de nada careciesen, proponiéndole á éste un alto empleo en su ejército, si se le queria reunir, lo que rehusó D. Gil de una manera digna y comedida, habiendo sucumbido unos dias despues. Restablecido ya el orden, funcionando en sus puestos las nuevas autoridades y la animacion y movimiento que se notaba en los habitantes, todo indicaba que la tranquilidad volvia á aquellos laboriosos ciudadanos.

El 2 de Octubre volvieron sus habitantes á entrar en agitacion. En ese mismo dia por la tarde se hizo correr la voz de que el brigadier Calleja, se aproximaria aquella noche á la plaza de Guanajuato. Esto, como era natural, produjo un terror pánico y un trastorno general en sus moradores, porque creyeron se iban á repetir los sangrientos cuadros de que habían sido espectadores cuatro ó cinco dias ántes; así es que las mismas carreras, la misma agitacion é incertidumbre se notaba en esos momentos. Aún mas aumentó su sorpresa, cuando vieron que de el cuartel general en donde se hallaba Hidalgo, salian órdenes violentas para aprestar su ejército á un nuevo combate, y que dispuso se iluminase la ciudad lo mas que se pudiera, para evitar la confusion y desorden que debia resultar de batirse en las calles en medio de la oscuridad.

Despues de las nueve de la noche, y tomadas todas las providencias que creyó oportunas Hidalgo, se puso al frente de una parte de su fuerza, y á esa hora marchó, tomando la direccion de Valenciana, para batir al enemigo, porque se decia que en aquellos momentos habia llegado Calleja y acampado en aquel punto. Habiéndose cerciorado de que no existia ningun enemigo en Valenciana, vol-

vió en el peso de la noche á Guanajuato; pero dispuso que al amanecer saliese una fuerza á situarse de observacion en la Sierra, saliendo él momentos despues con la caballería, llegando hasta la hacienda de la «Quemada,» y tomando allí nuevos informes, se convenció de que Calleja no habia intentado nada hasta aquel momento sobre la plaza de Guanajuato. Sin embargo, con el objeto de poner á la plaza y su ejército al abrigo de cualquiera sorpresa del enemigo, mandó que una gran parte de la fuerza siguiese recorriéndolo, á las órdenes de D. Juan Aldama, todos los pueblos situados en la falda de la Sierra, desde San Felipe, pasando por San Miguel, tanto para que observase los movimientos de Calleja, como para reunir de los pueblos por donde transitase, mayor número de hombres, y los que al fin se unieron con Hidalgo, pasando por Celaya y Chamacuero, volviéndose él á Guanajuato con su fuerza.

Preocupado seriamente por los movimientos y actitud que tomase Calleja respecto de él, dictó todas las medidas que creyó prudentes, para estar al tanto de todos los pasos de su enemigo. Pero dejaremos por un momento á Hidalgo en Guanajuato, para dar conocimiento al lector de las nuevas providencias que habia tomado el Virrey, y de los preparativos que hacia Calleja para salirle al encuentro, cuya narracion será objeto del próximo capítulo.

Muy graves son los cargos que la mayor parte de nuestros historiadores, hacen á Hidalgo por los excesos que á la hora del triunfo y despues de él se cometieron en la plaza de Guanajuato, atribuyéndolos á este caudillo como su único autor. Responsabilidades y cargos que es altamente injusto hacer, porque ellos revelan el poco conocimiento, ningun criterio, y suma lijereza de los que los hacen por el modo de apreciar y juzgar tales sucesos. Para fallar de

una manera tan magistral, y pretender manchar la memoria de un ilustre caudillo, ¿han entrado acaso en un concienzudo exámen de los hechos, de la posicion en que se encontraba su jefe, de las circunstancias que lo rodeaban y de las consecuencias funestas que siempre trae consigo el tomarse una plaza por asalto, á sangre y fuego. Pues aún tomadas todas estas razones en consideracion, y hecho un juicio imparcial, aplicando las mas severas reglas de la crítica para juzgar estos sucesos, aún no se puede deducir (repito) con buen criterio, que en las lamentables consecuencias que se siguen de tomar una plaza ó fortaleza por asalto, sea el único responsable directo de ellas el jefe del ejército asaltante. Este es un absurdo monstruoso, una paradoja inadmisibile que la rechaza aún el sentido comun mas vulgar. Téngase muy presente que aquí hablo en general, de un ejército disciplinado, de una fuerza regularizada y en un todo, sujeta á las estrictas leyes de la severa ordenanza militar, y sin embargo, al jefe de un ejército dotado con estas circunstancias, nunca se ha hecho pesar sobre él, todos los desafueros y excesos que pueda cometer la tropa á la hora de asaltar una fortaleza. Multitud de hechos de esta clase, podria presentar al lector en comprobacion de las ideas que acabo de emitir sobre este particular, pero solo me concretaré á uno. Escuchémos lo que dice el gran historiador del siglo, el célebre César Cantú en su *Historia Universal*, tomo III, página 633, hablando del sitio y asalto de Jerusalem por los cruzados, (advirtiendo de paso, que este ejército fué mandado por los mas ilustres capitanes de aquel siglo, porque en el ejército del Norte, estaba á su cabeza el gran Godofredo de Bullon, en el del centro Hugo de Vermandois, hermano del Rey de Francia y los celebrados Estéban de Blois y de Chartres y de Norberto

de Normandía, hijo de Guillermo el Conquistador; y el tercer cuerpo del ejército, era mandado por Raimundo conde de Tolosa y por Adémario, buen guerrero, obispo de Puy y legado pontificio), dice así: «Inmediatamente empezó el asedio, contando los sitiadores entre todos veinte mil infantes y mil quinientos caballos, mientras que Jerusalem estaba defendida por sesenta mil guerreros, á las órdenes del Emir Íftikar, en nombre del califa fatimita de Egipto» y mas adelante dice: «Habiéndose dado entónces el asalto general, fué tomada Jerusalem un viérnes á las tres de la tarde, hora en que Cristo habia espirado. Viéronse entónces todos los horrores propios de una ciudad ganada por asalto; sesenta mil entre judíos y musulmanes, fueron degollados, tanto que los cristianos *caminaban con la sangre hasta el tobillo*; pero apénas llegaban aquellos furiosos al Santo Sepulcro se les caian las armas de las manos, y prostrados en tierra se golpeaban el pecho, derramando lágrimas de ternura y arrepentimiento. *Todo el que habia colocado una cruz, una bandera, un escudo ú otro signo en un palacio ó en una torre, era considerado como dueño de aquel edificio, y nadie se hubiera atrevido á tocarlos mientras que lo demás era entrado á saco; las riquezas fueron repartidas, reservándose una gran porcion á los pobres, huérfanos, á las iglesias, etc.*» Por la relacion de este suceso se vé que no obstante la pericia y habilidad de sus jefes y la disciplina de sus ejércitos, no pudieron evitar los inauditos excesos y desórdenes que cometieron sus fuerzas al tomar por asalto á Jerusalem. Interminable me haria si tratase de presentar todos los hechos históricos, que confirman lo que llevo dicho, y que se pueden consultar en cualquiera historia universal.

No encuentro, pues, otra razon en los historiadores me-

xicanos, que así se expresan del caudillo de la independencia cuando con tanta torpeza lo acriminan, haciéndolo responsable de todo, mas que el de ser estos enemigos de aquellas.

Se me podria objetar por alguno, que la toma de Jerusalem, no puede servir de punto de comparacion entre uno y otro acontecimiento, porque el lapso de tiempo trascurrido es de mas de siete siglos, y que el progreso y adelanto que se han hecho en setecientos años, hace inadmisibile todo punto de comparacion entre ésta y aquella fecha. Cierto es que son muy distintas las épocas, que los avances que ha hecho el progreso, en todos los ramos del saber humano, son extraordinarios, pero tambien se me concederá, porque no es ménos cierto, que la idea de lo justo y de lo injusto, los sentimientos de humanidad, y el precepto de respetar lo ageno, se han conservado y se conservarán (al través de los tiempos y por mientras dure la humanidad) en todo su brillante esplendor, no obstante los violentos y rudos ataques que en todos los siglos se han dirigido contra ellos, tomando no escaso parte en éstos, el nuestro tan pomposamente llamado el de las «luces.»

Fácil me es probar lo que acabo de decir, llamando á la historia en mi apoyo, ella se encargará de defenderme presentando á mis lectores dos casos; el primero, de la misma época de Hidalgo, la invasion de los franceses en España; el segundo, hace diez años, la revolucion de los Estados Unidos, siendo de advertir que de el primero, su origen es injustificable; no así del segundo que tuvo por objeto manumitir á millones de esclavos. El célebre historiador español D. Modesto Lafuente, hablando de la violenta retirada del general Blake, dice en la nota del tomo 24 página 45.

«En uno de los pasos alcanzaron todavía las tropas del general Lefebvre á los enfermos y heridos, condujéronse cruel é inhumanamente con estos últimos: entre ellos fué sacrificado el general Acevedo á quien desapiadamente traspasaron á estocadas, sin que alcanzaran á conmoverlos las sentidas súplicas de su ayudante D. Rafael del Riego, el mismo que despues fué tan conocido y tan infortunado, y fué hecho entónces prisionero.» Es de notar que estas inauditas crueldades se cometieron por jefes de las fuerzas del famoso Duque de Dalmacia, el mariscal Sault. Habiendo llegado Napoleon á Valladolid escribe á su hermano José, diciéndole. «He hecho prender aquí doce de los mas bribones, y los he mandado ahorcar.» En la misma poblacion se le denunció que un soldado franceses fué asesinado por un criado de los frailes Dominicos de San Pablo; y refugiado entre los mismos en el convento, dió Napoleon el siguiente decreto:

«Cuartel general de Valladolid.

«Napoleon emperador de los franceses.

«Considerando que un soldado del ejército francés ha sido asesinado en el convento de dominicos de Valladolid; que el asesino que era un criado del convento, ha sido cobijado por los frailes, hemos ordenado y ordenamos lo siguiente:

Art. 1º Los frailes del convento de San Pablo, dominados de Valladolid, serán arrestados, y lo estarán hasta que sea entregado el asesino del soldado francés.

Art. 2º Dicho convento será suprimido, y sus bienes confiscados y aplicados á las necesidades del ejército, y á indemnizar á quien corresponda.»

El mismo historiador refiriendo la toma de Uclés por el mariscal Victor, dice:

«Pero lo mas calamitoso y lamentable no fué la derrota que sufrimos; lo deplorable, lo horrible de aquel día fueron las crueldades inauditas, los actos de barbárie cometidos por los franceses en Uclés. Lo de ménos fué el pillaje, y aún los tormentos empleados en los vecinos para que descubriesen donde tenian las alhajas: aún no fué tampoco lo mas atroz el aparejarlos como á béstias, y cargar sobre ellos los enseres y hacerlos conducir á las alturas para hacer hoguera de ellos; lo mas cruel parecia haber sido el acto de degollar á sesenta y nueve personas que atrailladas condujeron á la carnicería: vecinos ilustres, clérigos, monjas, si no tuviéramos que añadir, ¡estremece el pensarlo, cuánto más el estamparlo! el haber abusado torpemente de mas de trescientas mujeres que acorraladas tenian, sordos é insensibles á sus ayes y clamores.» El mismo tomo pág. 96.

No me puedo resistir al deseo de insertar íntegra la narracion del asalto y rendicion de Zaragoza, porque hechos de esta naturaleza deben consignarse en todas las historias, como monumentos de un heroismo; abnegacion y patriotismo extraordinarios.

«El 26 de Enero dió Lannes á todo el ejército la orden de asaltar la ciudad por las tres brechas practibables, una frente á San José, otra cerca de un molino de aceite, y la del centro por la parte de Santa Engracia. El tañido de la capana de la Torre Nueva avisó á los zaragozanos del peligro que corrian, y todos se lanzaron precipitadamente á las brechas. En todas se empeñó un fuego horrible de balas, de granada y metralla, se hacian minas, reventaban hornillos, se daban combates personales encarnizados, se avanzaba y retrocedia, disputándose con la muerte y por pulgadas el terreno. El enemigo llegó á apoderarse del